

LA PIEDRA NEGRA  
Arnao. Orígenes de la minería del  
carbón en España

Iván Muñiz López

La Piedra Negra. Arnao. Orígenes de la minería del carbón en España, 2017.

Autor: Iván Muñiz López

Fotografías: Iván Muñiz López

Figuras: varios autores

I.S.B.N.: 978-84-17130-16-9

Dep. Legal: AS-01915-2017



[www.elsastredeloslibros.es](http://www.elsastredeloslibros.es)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

Soy una hoja en un día ventoso/Muy pronto perderé la  
cabeza/¿Cuánto tiempo soplará el viento?/¿Cuánto tiempo  
soplará el viento?/Hasta que me muera/Hasta que me muera/  
Estas cosas estarán hasta que me muera.

Brian Wilson, `Til I Die

¿No es una locura empeñarse en vano y agotarse solo para  
recoger odio?

Juan de Mariana (1536-1624)

## Contenidos

1. Arnao: una historia de la preindustria .....	11
2. En busca de fray Agustín Montero .....	21
3. El rey Blanco .....	33
4. El rey verde .....	55
5. Suplico a Vuestra Majestad .....	93
6. El castillo viejo .....	109
7. Los interrogatorios de Arancés .....	123
8. La guerra de la Bega .....	137
9. Los interrogatorios de Oviedo .....	145
10. Jueces y gobernadores .....	157
11. El tapicero del rey .....	165
12. El mercader de las Covachuelas .....	173
13. Arnado .....	187
14. Con los quales nabios .....	201
15. Yo el Rey .....	227
16. Silencio .....	237
17. Desta pestilencia .....	265
18. El sueño de la razón .....	283
19. Apéndice documental .....	305
20. Fuentes y bibliografía .....	333

## Agradecimientos

En los tiempos de fray Agustín Montero, las dedicatorias de los libros impresos se utilizaban como una forma de ganarse –o de recuperar- los favores de los poderosos. Por eso es corriente que aparezcan dirigidas al rey, a un obispo, a marqueses, a condes. En nuestros tiempos, si bien estas habilidades, de un modo más subliminal, salmodian a los gobernantes, las dedicatorias han cobrado un cariz más íntimo. Recordamos a aquellas personas que por una razón u otra, apoyándonos emocionalmente, proporcionándonos aliento, facilitándonos conocimientos y lecturas, han guiado nuestros empeños.

Si optase por esta vía mencionaría en primer lugar a mi familia, a mis padres Ángel y Elba, a mi hermano Sergio, a Vero. A mi padre le debo una constante ayuda en la recuperación de la memoria histórica de Arnao, el pueblo y la fábrica en donde los míos comenzaron a vivir y trabajar desde principios del s. XX. Tú también aparecerías aquí, mi amor, lo sabes bien, en los días de luz que nos robaron las galerías. Mencionaría a amigos como Pepe, Fran, Ángela, Cris y Rubén, que estuvieron justo cuando era importante estar. Recordaría las conversaciones con el ingeniero de minas Guillermo

Laine, en las que discutíamos sobre la obra y milagros de Armand Nagel, Desoignie y otros directores de la explotación; o indagábamos en los planos la ubicación de pozos desaparecidos. Recordaría a Elvira, Argentina, Christine, Sara, Elena, Aida, Alicia, Pelayo, Carmen y todos/as los buenos guías que con su extraordinaria profesionalidad hicieron realidad el proyecto cultural del Museo de Arnao. Recordaría a los vecinos de Castrillón, a los de Cabrales. Recordaría el exquisito trato del personal de los distintos archivos (Simancas, Nacional, de Asturias, de Avilés, de Castrillón, de Asturiana...). Y como siempre, disculpándome de antemano, me olvidaría seguramente de mencionar algún nombre más.

Pero la historia que van a leer me ha hecho recapacitar. Creo que hemos sido muy injustos al desterrar de nuestras plegarias a aquellos que procuraron conseguir todo lo contrario: obstaculizar el trabajo, anular nuestros esfuerzos, imponer sus dictámenes y sus pretensiones, sus intereses y sus candidatos, fomentando la dócil mediocridad. Porque al final, si la persona posee confianza en su humildes dones, habrán logrado un efecto muy distinto, reafirmandonos en nuestra voluntad de prevalecer.

## 1. Arnao: una historia de la preindustria

Todo dependía de un fraile, un mercader corrupto y el tapicero del rey.

Pensé mucho en el comienzo del libro. Una frase puede comprometer el tono entero de una obra. Es como una alocución. Si gritas puedes asustar al lector; si susurras nunca serás escuchado. Y títulos como “introducción” o “prólogo” suelen causar estampidas. Hay una propensión inmediata a saltarlos como si fuesen brasas ardientes. Un autor tradicional hubiese comenzado de manera muy distinta, con algo como esto: “la mina de Arnao se sitúa en el concejo de Castrillón (Asturias), coordenadas 43°34'38.17”, 5°59'01.78”. Los historiadores académicos respetan a rajatabla las normas de la profesión. Yo fui criado en esa profesión. Somos medidores de cosas, cada vez más, mecánicos que escudriñamos minuciosamente las tuercas de la historia en monografías sin alma.

Y sí, Arnao se encuentra en el concejo asturiano de Castrillón, en una playa. Y sí, las coordenadas son correctas. Introdúzcanlas en su GPS y podrán encontrar sin problemas los edificios de la antigua mina y las galerías antiguas de la antigua mina.

Muchas personas saben que en el año 1833 un cónclave muy particular, formado por socios españoles y belgas, fundó la Real Compañía Asturiana de Minas de Carbón (RCAM). Los socios españoles proporcionaron dinero e influencia. Los socios belgas trajeron más dinero y una revolución industrial.

La empresa comenzó de forma muy modesta, explotando un criadero de carbón que acabó penetrando en el mar hasta un kilómetro de distancia. Fue una proeza de ingeniería arrancar el carbón de aquellas profundidades. Hubo muchas más proezas: ferrocarriles, vapor, pólvora... un castillete. El primer ingeniero, Jean Louis Armand Nagelmackers, nombre que los españoles podamos hasta dejar su tallo en Armand Nagel, procedía de una rica familia de banqueros de Lieja. Jean Louis proporcionó conocimientos mineros, el primer plano o galería inclinada (el “valey”), sacrificio personal y vocablos franceses. Era muy joven. Tenía 25 años<sup>1</sup>. Terminó renunciando, desesperado por la ineptitud de los socios españoles y la miseria del país. Recaló en Langreo, en las minas del marqués de las Marismas. El segundo ingeniero, Adolphe Desoignie, lo sustituyó en 1838. Era muy joven. Tenía 22 años. Incorporó mejoras, una mina submarina, un ferrocarril, un túnel que causó admiración entre los ingenieros de la época<sup>2</sup>. Terminó dimitiendo después

---

<sup>1</sup> Nagel vino a este mundo el 24 de septiembre de 1808 en Lieja, como recoge su partida de bautismo. Oger, Caulier-Mathy, Haesenne-Peremans, 2012, n° 9.

<sup>2</sup> Distintos datos sobre estos ingenieros y sus trabajos en García López, Peribañez Caveda y Daroca Bruño; 2004, *passim*; Vilela



de sentirse degradado. En las galerías de Arnao se sepultan sueños y tesones. En 1853 la misma empresa fundaba en el valle contiguo a la mina, el valle del Cuerno, una factoría de zinc que alcanzaría horizontes de multinacional.

Esta es una parte de la historia que ha sido profusamente estudiada<sup>3</sup>. La propia empresa ha patrocinado meritorios trabajos que resumen sus dos siglos de empeños. Es una biografía de generales y conquistas<sup>4</sup>. Otros autores han incidido en el mundo obrero de la fábrica<sup>5</sup>. Es una biografía de soldados.

La factoría existe porque primero estuvo la mina. La mina existe porque primero estuvo el relieve. Ese es el otro gran tema; la riqueza geológica de Arnao, sus extensos campos de fósiles... una biografía de la Tierra<sup>6</sup>.

Los acantilados y el mar fueron los primeros en llegar, nadie puede cuestionarlo. Pero los belgas no fueron los segundos. Se les adelantó un fraile. Su historia se había apuntado en algunos trabajos. Eran glosas muy breves, unos párrafos, una línea, que

---

Campo, 2008, *passim*. Sobre Desoignie, una reciente biografía novelada, que incluye datos inéditos procedentes de un manuscrito del ingeniero, en Soignie, 2016.

<sup>3</sup> Entre otros Gil Delgado, 1982; Canel y Sierra, 1999; Suárez Antuña, 2006, pp. 175-220 y 2008; Vilela Campo, 2008; Niembro Prieto, 2008; Rodríguez Álvarez, 2009.

<sup>4</sup> Real Compañía Asturiana de Minas, 1953; García López, Peribañez Caveda y Daroca Bruño, 2004.

<sup>5</sup> Muñiz Sánchez, 2007, 2010.

<sup>6</sup> Con trabajos históricos como Paillete, 1845; Desoignie, 1850, Lasala, 1847, Schulz; 1850; Barrois, 1880; Patac, 1923. Una bibliografía muy completa de estudios geológicos en Arbizu y Méndez Bedia, 2006, pp. 73-91.

servían de proemio, como guirnalda de bienvenida, a los estudios sobre la RCAM, con una idea sentenciosa como titular de periódico: Arnao, la mina de carbón más antigua de España.

Los sucesos del fraile habían tenido lugar en el siglo XVI, una frontera demasiado indefinida en los patrones de lo que debe ser tildado como “historia industrial” o “patrimonio industrial”. La mayor parte de trabajos de la especialidad se centra en el período contemporáneo, el que comenzó con la I Revolución Industrial, a caballo entre el siglo XVIII y el XIX. Un tiempo de comunidades obreras y grandes magnates. Son trabajos con una percepción reivindicativa de las construcciones industriales, desmerecidas en una absurda comparación con otros patrimonios. En ocasiones se retrocede un poco más y se incorporan acontecimientos y edificios que situaríamos en un período inmediatamente previo. Son como los tanteos, a veces fallidos, que se emprendieron para inventar la era de las máquinas.

El inicio de Arnao pertenece a ese período. Es una historia de la preindustria que estaba por escribir.

En el año 2014 presenté mi tesis doctoral. La memoria de una aldea. Propuse un nuevo modelo de análisis histórico, comprometido, receptivo con las clases sometidas, los subalternos –dije-, crítico con las visiones oficiales del pasado. Exclamé por escrito que debíamos despellejar las versiones que nos llegaban desde las cúpulas del poder, destapar las imposturas, hacer una historia viva. Había de ser una historia total, opuesta a la fragmentación en pequeñas temáticas que propugnaban los posmodernos,

contrastando todos los conocimientos posibles, de sociedad, de economía, de mentalidad, utilizando el apoyo de las distintas ciencias que permiten analizar el pretérito humano; una historia de largos períodos que cruzase la voz de los tiempos, dejando que el presente explicase el pasado y el pasado revelase las confidencias del presente, una historia que se hincase en las conciencias con una expresividad emocional. Lo llamé “materialismo estructuralista”. Dijeron que era una postura valiente y novedosa y recomendaron publicarla. La tesis permanece inédita. Sus ideas... no.

En este libro me propuse ser fiel a algunos de aquellos postulados. Ya he trazado mi camino y he quemado las naves. Renuncié a ciertos convencionalismos utilizados por las escuelas dominantes. El libro emplea los métodos de análisis de toda reflexión científica, pero en su exposición he procurado indagar en otras oportunidades formales. Lo que se deduce procede de analíticas escrupulosas. Los historiadores remendamos muchos desgarrones con nuestra lógica. Pero el empuje de las palabras era fundamental. Una historia de sacrificios, traiciones, corrupción, nieve, salitre y mar, ha de sentirse. Mis ojos se secaron leyendo estudios descarnados como osamentas de caballo. Estaba cansado. Renegué de ello.

El libro fue escrito durante el verano de 2017, en la carretera, en hoteles, en ruinas, sobre el volante del coche, en un área de descanso, o recostado en el asiento de un tren, a medida que avanzaba la investigación. La estructura compositiva es libre. Planteé los capítulos como un montaje fragmentado que combina varios contextos y líneas argumentales.

Recorrí los documentos escritos y leí en el paisaje. Por momentos el discurrir de la investigación se inmiscuye a la manera de un reportaje de lo cotidiano. El historiador se hace partícipe del suceso, se amalgama con los hechos históricos. Por momentos me retiro de intermediario y dejo que los personajes hablen directamente a la cámara, intercalando diálogos y parlamentos. Su lenguaje es el mismo que utilizaron en aquellos días, recogido por los escribanos. El pasado debe respirar.

El libro comenzó siendo una indagación en el misterio de la mina de Arnao. Debía zanjar diversas preguntas que habían ido desprendiéndose de las páginas de otros trabajos. Siguiendo mis preceptos, fueron apareciendo otras pruebas que hablaban de algo más complejo. Una microhistoria contaba una historia mayor. No podía entenderse lo que sucedió en Arnao sin explorar un terreno más amplio. Dos mundos en lucha, una victoria y una derrota. Esas eran algunas de las cuestiones que habían secreteado los expedientes oficiales. La sociedad de finales del siglo XVI poseía rasgos tan parecidos a la de nuestros días que establecer analogías entre ambas épocas fue inevitable: de crisis, de corrupción, de economías hipotecarias, de actitudes morales... de daños ecológicos y combustibles alternativos. No diré más. Al lector dejo el reto de encontrarlas. Por ello, el libro habla de una mina y de los orígenes de un tipo de minería. Habla de las vidas que se extinguieron entonces. Habla de un tiempo pasado, el del Imperio español. Y habla del presente, como una parábola escenificada en el reino de Felipe II, con errores que

se repiten e injusticias que deben llamarnos a la lucha. La historia, como expresé en mi tesis, puede ser maestra del tiempo.

Tomé mis ahorros, mi vida, unas cuartillas y un lapicero. Calculé las distancias. El fraile se había movido de un lado a otro. La mina permaneció siempre en el mismo sitio, pero su historia, en legajos, había volado.

*Cuaderno de campo. 25 de septiembre de 2017. En Arnao*

He dejado en último lugar la escritura del primer capítulo. Ha sido un largo viaje recorriendo espacios y archivos. Un viaje de ida y vuelta, con una estación en el siglo XVI y otra en el XXI. La historia del fraile lo merece. La historia de la mina lo merece. Retroceder y avanzar. Y aprender.



## 2. En busca de fray Agustín Montero

“Fray Agustín Montero de la orden de Nuestra Señora del Carmen”.

Esas eran las primeras palabras. Estaban escritas en una buena letra, pulida y clara. Podía considerarme afortunado. Podía haberse tratado de la caligrafía procesal encadenada de los escribanos, como la que había tenido que descifrar casi a tientas en algunos protocolos. Trazos engarzados unos a otros, estirados o retorcidos como un alambre, de similares composturas, en los que discernir el inicio y el final de una palabra o reconocer una letra y diferenciarla de otra se ofrecía como una lucha de voluntades entre el investigador del siglo XXI y el notario que había redactado aquel texto varios siglos atrás. Algunas letras parecían muelles de cama<sup>7</sup>.

No pocos de estos escribanos oficiales, que compraban su cargo por vacancia de otros

---

<sup>7</sup> Un fraile del convento del Carmen calzado de Valladolid, que se enfrenta a un documento virtualmente ilegible, se queja enfadado: “Estas son las cuentas dadas por el Padre fray Antonio de Jesús, descalzo de Nuestra Señora del Carmen, en nombre de la madre priora, y no se puede comprender la letra”. A.H.N., Sección Clero, Leg. 7813, s/f.

escribanos, utilizaban artimañas como la de dilatar los trazos para agotar las hojas de un pliego con más rapidez. El papel también había de pagarse. Pero esa no había sido la intención de fray Agustín. Claro, conciso. Una buena letra. Un buen papel.

Hay cosas que pueden parecernos irrelevantes en la suma final de los acontecimientos humanos, como, por ejemplo, la calidad del papel de una carta escrita en 1591. Nada más lejos de la verdad. Si la pulpa de trapo hubiese sido macerada a medias o requiebrada por una incorrecta mezcla de las fibras y el agua, la carta podría haberse deshecho. Hay documentos indescifrables que muestran grandes manchas de hongos verdosos o que se han pulverizado y se despedazan literalmente en las manos del historiador, dejando pequeños retazos de un papel que parece barro seco sobre la mesa de madera del archivo. Un solo trozo cuarteado puede suponer la pérdida de un dato fundamental para encontrar sentido al documento, o esa palabra, esa fecha, que husmeamos en nuestra investigación<sup>8</sup>. En algún legajo se desmenuzan partículas como granos de pólvora<sup>9</sup>. Afortunadamente no era el caso. La carta de fray Agustín Montero llegó a nuestros días en un excelente estado de conservación. Con su

---

<sup>8</sup> En Simancas, el legajo 852 de la Contaduría General se encuentra en tan mal estado de conservación que su consulta se ha desestimado.

<sup>9</sup> Como sucede con la enorme torre de expedientes del legajo 582 de la Contaduría General, decenas de pliegos de finales del siglo XVII. Cuando terminé su revisión, la mesa está sembrada de un hollín negro.



desaparición nuestro relato hubiese carecido del adecuado principio.

Es asombroso lo que podemos descubrir con una mirada atenta. Un microcosmos de personajes y sucesos que pasan inadvertidos, o simplemente despechados, para la gran historia, se mueven como células excitadas, provocan un estallido de pequeñas energías y conducen a ese instante en el tiempo, a esa confluencia de espacio, persona y acción, que llamamos acontecimiento. Piensen en la carta. Y piensen en el artesano que en su molino papelero escogió las fibras de lino o cáñamo, las recortó, blanqueó, dejó que se pudriesen en el tonel de madera y bateó la sustancia, prensando la pulpa para modelar el papel. Piensen en su trabajo de sol a sol, en la hedionda atmósfera, en el olor a descomposición. Y piensen que sin ese esfuerzo la existencia de la carta hubiese sido tan improbable como el nacimiento de la vida sin la gravedad. No sabemos cómo ni cuándo obtuvo nuestro fraile el papel. Es un artículo que podía comprarse al por mayor, en resmas, o en unidades cada vez de menor cuantía; manos, cuadernillos, pliegos. En el siglo XVI, el negocio de las papeleras prosperaba. La pesada administración de la Monarquía Hispánica, los libreros, que vieron multiplicadas sus posibilidades de difusión de ejemplares con la imprenta, o los grandes señoríos religiosos compraban asiduamente un artículo en el que dejaban reseñadas sus cuentas, sus pleitos o sus conocimientos<sup>10</sup>. Fray Agustín procedía

---

<sup>10</sup> Sobre el mundo del papel pueden consultarse los trabajos de especialistas como M<sup>a</sup> del C. Hidalgo Brinquis. Un ejemplo en

de un monasterio de Valladolid. Quizá de allí se trajo sus cuadernillos. O quizá fueron suministrados por algún mercader de Avilés. Eso no lo sabemos.

Una buena letra y un buen papel. El Archivo General de Simancas está lleno de buenas letras escritas en buen papel. También de letra enmarañada escrita en un papel magnífico, un papel “de fino”, como los documentos oficiales de los consejos que administraban el insostenible imperio de Felipe II. El mismo monarca ordenó custodiar en aquel castillo el enorme caudal de textos de la corona para su precisa organización.

El castillo de Simancas se desmesura junto a la pequeña villa de Simancas. En el verano sus calles tórridas están desiertas y durante el año es muy sencillo distinguir los andares lánguidos de los lugareños y las zancadas curiosas de los distintos investigadores que aprovechan el cierre del Archivo para darse un paseo hasta la iglesia. Las viviendas duermen la siesta al mediodía y sus ventanas y sus puertas cierran sus párpados de esterilla. Los respiraderos de las bodegas resaltan en la base de los muros. Simancas vive sobre una gran caverna. Dos vecinos me cuentan que el pueblo está hueco y que durante la Guerra Civil las bodegas se emplearon como refugios. El castillo, en comparación con esta inestabilidad, parece una mole maciza y excesiva, como una montaña en un campo llano.

---

Hidalgo Brinquis, 2006, pp. 207-223. O las actas de los distintos *Congresos Nacionales de Historia del papel en España*.

No existe otro archivo igual, o al menos esa es mi opinión. Si la villa invita a dormir, el Archivo invita a soñar. Hay muchos tiempos distintos y muchos secretos ocultos que podrían modificar nuestra comprensión del pasado como un fósil óseo la secuencia evolutiva del ser humano.

La gente tiene una idea muy equívoca de los archivos y del trabajo que en ellos realiza el investigador. Conozco pocas faenas tan pacientes y pocas aventuras tan fascinantes como la de buscar en aquella ordenada selva de escritos los documentos que irán dando forma a tu investigación. Hay jornadas insatisfactorias que llenan de frustración. En ellas pierdes la vista rastreando sin suerte, línea a línea, una pista esclarecedora. Hay otras jornadas que te colman de alegría. Como los buscadores de oro, una pepita recompensa por varios días de esfuerzo inútil. Pero el trabajo es lento y concienzudo y exige disciplina de hierro. El personal es muy eficiente y ayuda con gran amabilidad al investigador novato que se ve abrumado por el recto protocolo. Desde que cruzas el arco de entrada comienza toda una ceremonia de investidura en cuyos pasos, hasta alcanzar la sala de investigadores, obtendrás algo así como un aprendizaje acelerado en las normas de este venerable archivo. El código ha sido elaborado para proteger los documentos y por eso es imprescindible acatarlo, pero al mismo tiempo hace más lento el trabajo. A menos que lleves contigo tu ordenador has de tomar los apuntes en una cuartilla con un lapicero. No podrás hacer más de tres peticiones de una vez y diez en total a lo largo de una jornada. Las puertas abren a las ocho y cuarto de la mañana y cierran a las

dos y media de la tarde. Ese es el plazo disponible. En ese corto lapso has de abrir las cajas, desenvolver los legajos, desanudando los balduques -las cintas con que se atan- y examinar cada pliego sin extraerlo del conjunto. Es como leer un libro cuya encuadernación solo puedes separar parcialmente. En ocasiones el legajo está tan atiborrado de papeles que estos se desparraman en abanico. Y luego está la calidad de la letra y del papel o el número de folios que componen el expediente. Puedes apurar una mañana con uno o dos de ellos, todo depende de su longitud y su dificultad, tu pericia y tu perseverancia. Los ojos se cansan y lloran y la vista se emborrona. Hay investigadores que no toleran el polvillo de los documentos, por lo que deben salir por unos minutos hasta el patio donde están los baños para refrescarse la cara. En mi segunda estancia tuve delante de mí a un joven sudamericano que deseaba consultar gruesos expedientes de marina del siglo XVIII. Carraspeaba constantemente. Sentí envidia de él. Los informes del XVIII son, en general, de una transparencia meridiana y su aspecto es el de haber sido escritos hace pocos años. Algunos conservan un blanco níveo. En muchos sentidos, avanzar por la maraña caligráfica del siglo XVI es como machetear por una jungla. Esa es la magia de Simancas. Nunca sabes lo que te espera.

El hallazgo de la carta fue toda una sorpresa. No aparecía reseñada en los inventarios del archivo y en el legajo parecía estar fuera de lugar. Ni siquiera era el objeto de mis consultas. Había acudido con el ánimo de recabar un buen botín de documentos y

planos referentes a yacimientos, fortalezas, ciudades o actividades artesanales para el libro que estaba escribiendo con un compañero sobre arqueología<sup>11</sup>. Sentí una euforia incontenible, me recosté en la silla y sonreí. Las responsables de la sala están acostumbradas a esos ademanes y a veces se acercan para preguntar. Me dijeron que era muy habitual que los principales hallazgos se hiciesen a poco del cierre, una especie de ley no escrita. Trascibí la letra compulsivamente, anhelando conocer cada detalle de la información, cada testimonio inédito, paladeando las noticias que aquel fraile, quinientos años atrás, había hecho circular hasta el despacho de Felipe II en el Alcázar de Madrid. Al terminarse la jornada, desde el patio exterior del castillo, llamé a mi compañero para decírselo. ¡Había tenido en mis manos la carta de fray Agustín!

Fray Agustín Montero era un pequeño mito entre los historiadores de la minería del carbón. Se le consideraba el iniciador de las explotaciones, el pionero del carbón, pero su historia había sido oscurecida y fray Agustín había esquivado los intentos en su busca. En 1832, Tomás González había citado por primera vez la existencia de una licencia expedida por Felipe II para la apertura de una mina de carbón en Arancés, datándola claramente en 1593<sup>12</sup>. La obra de González, que había efectuado

---

<sup>11</sup> El libro *Arqueología medieval en Asturias*, escrito con mi compañero Alejandro García.

<sup>12</sup> González, 1832, pp. 190-191. Anteriormente, Eugenio Larruga (1793: 139-151), en su memorial sobre minas de España, no incluía citas. Lamentablemente, su trabajo quedaría inconcluso antes de que pudiese adjuntar las informaciones de

registros sobre las distintas licencias y documentos mineros, era una fuente ineludible para comenzar la pesquisa. Por desgracia, González, tras realizar tan encomiable esfuerzo, había borrado toda huella, de modo que en su texto no figuraba ni una sola referencia al legajo original.

Desde entonces y hasta el presente, una suma de citas indirectas, de un autor a otro, y nuevos datos que no aportaban las firmas del documento, habían ido enredando aun más el legado de fray Agustín. Existía acuerdo en su nombre, con algunas vacilaciones en el apellido (Montero, Moreno), en el suceso y en su reclamación como primera mina de carbón de piedra de nuestro país. Había un desacuerdo flagrante en las fechas, con fluctuaciones bastante amplias de varios siglos. Desde las más antiguas, que situaban el evento en el siglo XV, hasta una sucesión de años que arrancaban en el XVI y terminaban en el XVII: 1530, 1569, 1581, 1593, 1616, 1625, 1655. El lugar variaba en su toponimia (Arancas, Arancés, Azancas, Arones) o en su emplazamiento (Avilés, Llanera)<sup>13</sup>. En ningún

---

Asturias. Sí se mencionaba, dentro de la provincia de Burgos, las minas de hierro, plata y cobre explotadas por Andrés Martínez Ballesteros en el puerto del Aramo, concejo de Morcín, feligresía de San Sebastián. *Ibidem*, pp. 139 y 150-151. Francisco Gallardo Fernández (1808: 60 y 65-66) en su compendio de minas, no mencionaba explotaciones de carbón y reproducía las mismas noticias sobre Andrés Martínez Ballesteros.

<sup>13</sup> Entre otros, Aramburu, 1889, p. 201, al que se debe la fecha del siglo XV y una de las menciones al envío de barcos a Portugal; Gómez Muñiz, 1970, p. 37; Casariego, 1974, p. 107. Anes Álvarez, 1977, p. 4, recogiendo las fechas equivocadas por Canga Argüelles en su *Diccionario de Hacienda* (1530, 1655);

momento se mencionaba el nombre de Arnao y esto ocasionaba otra vía de debate. ¿Había estado la primera mina de carbón en Arancés, en una posición diferente y sin identificar? ¿Era anterior a la de Arnao, la mina histórica por excelencia?

Ciertos errores podían resolverse con rapidez. En algunos momentos habían llegado a cruzarse datos de tres licencias distintas. La primera había sido concedida en 1569 a Pedro Solís para explotar una mina en el límite entre Avilés y Llanera. En el apunte de Tomás González no se mencionaba el tipo de mineral explotado, mas pocos años después, en 1841, Nicasio Antón, que había tomado datos de González, interpolaba la anotación “mina de carbón” y el asunto se complicaba<sup>14</sup>. Ahora puedo demostrar que aquella mina era de cobre<sup>15</sup>.

---

Santullano, 1978, pp. 20-21; Adaro Ruiz, 1981, 2003, pp. 36-39, ya con un análisis crítico de las fuentes previas; Gutiérrez Claverol, Luque Cabal, 1993, p. 37. Rodríguez Terente, Luque Cabal, Gutiérrez Claverol, 2006, pp. 19-55 y en particular 21-22. Mención aparte merece la obra capital de Sánchez Gómez, II, 1989, pp. 698-699. Pude consultar este monumental trabajo después de mi estancia en Simancas con el fin de documentar el contexto minero del s. XVI en la última etapa de mi trabajo. Sánchez Gómez alude con todo rigor a fray Agustín Montero, cita dos de los legajos e incluye un minúsculo extracto de otro legajo sin referenciarlo, prueba de que, al menos, lo había consultado.

<sup>14</sup> González, 1832, p. 195. Antón Valle, 1841, p. 211.

<sup>15</sup> Este es el texto recogido en el *Registro de Minas* original: “Principado asturias. En la villa de Madrid a 13 días del mes de diciembre de 1569 don pedro de solis vecino de oviedo registro una mina que descubrio en termino de los concejos de aviles y lanera de **cobre** e los dichos contadores mayores la uvieron por registrada. A.G.S., C.C.G., Leg. 851, Registro de minas.

La segunda licencia correspondía efectivamente a fray Agustín Montero y estaba fechada, según González, el 11 de septiembre de 1593. Este, por tanto, constituía el extremo correcto de la madeja que me permitiría adentrarme en el laberinto. La tercera noticia, veraz y reseñada igualmente por González, se refería al segundo período de explotación de la mina en 1625, cuando la licencia había sido otorgada a otro personaje distinto: Andrés Martínez Ballesteros<sup>16</sup>.

Un autor local, Simón Fernández Perdonés, aportaba en 1855 sorprendentes datos: la situación de la mina en los terrenos de Francisco de Garay, regidor y vecino de Avilés, el envío de barcos de carbón a Portugal<sup>17</sup>. Como acabaría descubriendo, Perdonés no engañaba. Había llegado a leer una pequeña parte de algunos legajos, el único lugar del que podían proceder estos apuntes salteados<sup>18</sup>.

Por eso era tan importante volver al lugar donde se había publicado en el siglo XIX la primera noticia del fraile y donde habían de encontrarse, por fuerza, los documentos de la época. En Simancas estaba la clave.

Los documentos y libros que un investigador cita en la bibliografía final no suman necesariamente el total de fuentes examinadas. Muchas otras quedan fuera del elenco bien porque han resultado estériles o

---

<sup>16</sup> González, 1832, pp. 193-194.

<sup>17</sup> Fernández Perdonés, 1988, p. 201, en la edición del padre Feito, que ha sido en los últimos tiempos uno de los grandes defensores de la importancia histórica de Arancés-Arnao.

<sup>18</sup> Me pregunto si el ayuntamiento de Avilés poseía en el s. XIX algunos traslados del proceso a los que tuviera acceso Perdonés.